

## **Puerto Plata en la Gesta Restauradora\***

Carlos Manuel Finke (Ney)\*\*

Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Historia,  
Señores académicos,  
Damas y caballeros.

Sean mis primeras palabras para testimoniar mi gratitud a la ilustrada Academia Dominicana de la Historia, al acogerme entre sus miembros en calidad de cooperador.

Agradezco y agradeceré toda la vida esta distinción inmerecida. Por ella ratifico mi disposición de cumplir y obedecer todos los reglamentos, principios, normas, etc., que emanen tanto de su carta constitutiva como de los directivos de la Academia.

Al enterarme de que mi primera obligación como académico consistía en pronunciar un discurso, fue mi deseo que el mismo se refiriera a un tema puertoplateño, comunidad donde nací y he vivido casi toda mi vida. Por ese motivo presento a la consideración de todos ustedes la siguiente exposición titulada:

### **Puerto Plata en la Gesta Restauradora**

De la cabeza de Duarte, al igual que Minerva de la de Júpiter, nació la idea de la creación de la República Dominicana. La concibió

- \* Ponencia presentada en el V Seminario de historia regional, celebrado en Puerto Plata, el 15 de octubre de 2005.
- \*\* Abogado y miembro colaborador de la Academia Dominicana de la Historia.



libre y soberana; para tal fin, contó con la cooperación de Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Matías Mella, los trinitarios, los Regimientos 31 y 32, el olvidado teniente Martín Girón, Pedro Santana y sus seibanos, etc. etc., idea que se hizo realidad el 27 de febrero del 1844, en la Puerta del Conde, desde donde la parte Este de la isla irradió una esplendorosa luz que iluminó el Continente Americano y el mundo, anunciadora de la creación de una nueva nación.

Para que la República naciera viable fue necesario vencer militarmente al enemigo haitiano. Las batallas libradas en Azua, el 19 de marzo del 1844, y en Santiago, el 30 del mismo mes y año, dirigidas por los generales Pedro Santana y el glorioso José María Imbert, respectivamente, la consolidaron e hicieron realidad. Para dirigirla se formó el Comité Insurreccional presidido por Francisco del Rosario Sánchez, luego la Junta Central Gubernativa, cuyo presidente fue Tomás Bobadilla y Briones, afrancesado aliado de Pedro Santana.

Duarte y sus seguidores fueron perseguidos y expulsados de la nación que crearon; caracterizándose la Primera República, además de lo dicho anteriormente, por: la permanente disputa entre Santana, Báez, Valverde y Regla Mota; la aprobación del Art. 210, de la Constitución de noviembre 1844; la crisis económica; la intervención de la Iglesia Católica; la ingerencia de los cónsules extranjeros; y otros factores creadores del clima que hizo posible su fracaso.

Los principales personajes de ese período fueron: Pedro Santana, incompetente, despótico, sanguinario, primer dictador dominicano, fundador de esa nefasta dinastía; Buenaventura Báez, oportunista, ladino, entreguista, curvilíneo, desprovisto de fe en su patria; y Tomás Bobadilla, maleable, dúctil, camaleónico, conocido



como el Fauché dominicano. Semejantes personajes y otros más de esa misma laya crearon el ambiente para la Anexión.

Pedro Santana fue el principal responsable de esa vergüenza nacional, por su oportunismo y por el desprestigio en que había caído, hizo posible la muerte de la Primera República y luego fue su sepulturero. Pero no todo estaba perdido, hombres con fe en la nacionalidad llevaron a cabo la gloriosa Gesta Restauradora, que trajo consigo el nacimiento de la Segunda República.

España fue expulsada del continente americano gracias a la acción inconmensurable del gran Simón Bolívar, pero los militares más competentes de esa nación sostenían la tesis de que en estas islas era imposible su derrota, porque los patriotas no disponían de los bosques ni de la extensión territorial que favorecieron al Libertador. A contrapelo de esas opiniones, que parecían lógicas, los generales Gregorio Luperón, Santiago Rodríguez, Gaspar Polanco, José A. Salcedo, Benito Monción y demás patriotas que los acompañaron en esa gloriosa gesta, demostraron todo lo contrario; fue la acción restauradora, la que dio inspiración a los libertadores cubanos y a los patriotas puertorriqueños para llevar a cabo sus acciones de protesta contra los últimos vestigios del predominio español en América.

En los años 1860 y 1861 llegaron a Puerto Plata rumores de toda índole, presagiando que se produciría la Anexión a España; en momentos en que la ciudad dormía entre la montaña y el mar, con unos seis mil habitantes, escasas edificaciones de mampostería, algunas de ladrillo y la mayoría de madera, tabla de palma, etc., con un incipiente comercio en manos de europeos principalmente. Se tenía conocimiento de la misión anexionista de Mariano Torrente, de las gestiones de Mella, López de Villanueva y otros; tales rumores se hicieron realidad cuando sorpresivamente llegó la noticia de que



su gobernador, general Gregorio de Lora, había sido sustituido por el también general Juan Suero, nacido en San Cristóbal pero avecindado allí, “*españolizado a fondo y más español que Espartero y Pi Margall*”.<sup>1</sup>

El 18 de marzo de 1861 fue proclamada la Anexión de la República a España, pero no fue hasta el 27 del mismo mes, cuando se operó en Puerto Plata, tocándole el honor de ser la última ciudad en ejecutarla, previo a la cual circuló un manifiesto de carácter nacional invitando a los dominicanos sumarse a ella, el cual, según afirma Gregorio Luperón

*“sólo tenían cuatro mil firmas, la mayor parte, de los empleados y militares, y algunas de personas obligadas por la fuerza”*.<sup>2</sup>

La Anexión en si, es un hecho nunca visto antes ni después, fue objeto del repudio de América, ¡que un pueblo libre y soberano, a petición propia entregue su soberanía y libertad, para convertirse en esclava de una potencia europea! no tenía precedente en este continente; por ser una acción torpe, traidora, antihistórica, etc. Por ello tenía que fracasar y fracasó.

Luperón, que a la sazón contaba 22 años, era reconocido en esta ciudad como una persona de extraordinario valor y cualidades excepcionales, sobre todo después de la captura de Mala Punta,<sup>3</sup> famoso malhechor temido por todos, acción que le dio renombre;

1. Senior, Eugenio. *La Restauración en Puerto Plata*, p. 18.
2. Luperón, Gregorio. *Notas autobiográficas y apuntes históricos*. Tomo. 1, p. 49.
3. González, F. *Leyendas y tradiciones portoplatañas*, p. 101.



se había separado de su protector Pedro Dubocq, debido a que su hijo Eduardo tenía simpatía por los españoles.

Viendo que los acontecimientos se precipitaban, los jóvenes Jacinto Escarramán y Federico Scheffemberg le dirigieron una carta a Luperón, al paraje de La Piña de Sabaneta de Yásica, donde vivía, lugar que he inspeccionado y comprobado que allí quedan el brocal de un pozo y los ladrillos de la base de la casa, donde él tenía un comercio de provisiones, en cuya comunicación le informaban la inminencia de la Anexión y lo invitaban a trasladarse a esta ciudad.

Al recibir el mensaje, cerró su negocio partiendo hacia Puerto Plata, pero los ríos estaban desbordados y cuando llegó se enteró que el día anterior se había producido este nefasto hecho. Sin perder tiempo comenzó su campaña de propaganda contra la Anexión, negándose a firmar el acta de adhesión que todavía circulaba, luego se trasladó a Monte Cristi a bordo de la goleta *La Esperanza*, en misión revolucionaria. A su regreso, naufragó en las costas de Estero Balsa, refugiándose en la casa de Pepillo Salcedo, siendo atendido por éste a cuerpo de rey, lo que facilitó su interés por iniciarlo en la trama revolucionaria.

Quiso conquistar al general Juan Suero, para que se uniera a la causa, a lo que éste se negó por temor a Pedro Santana; cuando vio que había fracasado en su intento, trató de hacer preso al primero, en la casa del general Pedro Gregorio Martínez, ubicada en Bella Vista, Sosúa, a quien propuso lo secundara en la captura de dicho personaje, con el propósito de eliminar la cabeza ostensible de la Anexión en esta comarca, a lo que se opuso este valeroso general, por asuntos de honor, ya que el mismo se ejecutaría contra un invitado suyo en su propio hogar.<sup>4</sup>

4. Luperón, Gregorio. Ob. cit., p. 97.



Debido a sus labores de propaganda revolucionarias, el 3 de agosto de 1861 Juan Suero ordenó el arresto de Gregorio Luperón, quien aceptó pasivamente ser enviado a una celda que quedaba en el patio de la Gobernación, pero lo ayudó la estrella que iluminaba el camino del héroe siempre protegió sus acciones de hombre predestinado, de escogido de la gloria.

Cuando se dirigía tranquilamente a su prisión en el camino encontró un garrote con el cual eliminó a sus custodios, escapándose a través de la antigua residencia del doctor Víctor Almonte, ubicada en la calle Padre Castellanos, en espectacular fuga, bajo el fuego del propio Juan Suero quien la presencié. Se refugió en la casa de Pedro Messón y Antita García, hoy Altos de Chavón, sección Los Domínguez, iniciándose una persecución violenta en su contra, desde donde se trasladó al extranjero, gesto que sirvió para inspirar la rebelión de la juventud.<sup>5</sup> Posteriormente, el general Luperón, regresó a su pueblo en dos oportunidades más durante el curso de la Guerra Restauradora.

El general Juan Suero convocó a la ciudadanía a presenciar la sustitución de la bandera en la gobernación de Puerto Plata, ubicada frente al Parque Central, calle Separación, al lado norte del Ayuntamiento, donde actualmente funciona el Republic Bank.

El 26 de marzo de 1861, se observó en el mar la presencia de barcos españoles y el desembarco de sus tropas en el puerto. Cuenta Eugenio Senior, actor y testigo de los hechos narrados, que:

*“como a eso de las tres poco más o menos, el balcón de la Gobernación estaba muy apiñado de gente; se tocaba firme, se redoblaban las cajas y era nada menos que para dar principio a*

5. *Ibidem*, p. 98.



*los preparativos para consumir la gran obra (...) Se iba a arriar la bandera de los Mella, Sánchez, Duarte, Luperón, Pimentel, Monción, y el Padre Gaspar Hernández, y a pesar de las diferentes agrupaciones de jóvenes con marcada hostilidad (...) y las vivas demostraciones en contra del acto luctuoso que se acercaba, y que se aspiraba con hechos de que no se realizara, pero ya era tarde, ya la maldad y la ambición habían triunfado”.*<sup>6</sup>

El dominicano José Tejera, alias Pepe, leyó en la Gobernación la proclama de la Anexión. En ese momento se presentó el padre Regalado, quien con lágrimas en los ojos pronunció algunas palabras alusivas al acto y al dolor que le producía, tanto por el eclipse de la nacionalidad como por el descenso de la bandera.

Luego se procedió a la arriada de la insignia nacional, la cual se enredó en el asta por motivo de la lluvia como negándose a descender y cuando finalmente llegó a manos de Elías Manzano, quien ejecutaba ese acto, exclamó: “*Según te bajo hoy, talvez te volveré a subir mañana*”.<sup>7</sup> La bandera fue entregada al padre Regalado por Manuel Castellanos, quien la guardó detrás del altar mayor de la iglesia parroquial y más tarde la misma fue usada en el levantamiento ejecutado allí contra España.<sup>8</sup>

Continuando el desarrollo del programa, se procedió a firmar el acta, la cual fue suscrita por 44 asistentes, entre los cuales se destacaban Pedro Castellanos (padre de Gregorio Luperón), D’Assas Heureaux (padre de Ulises Heureaux), Gregorio de Lora, Benito Martínez, Eusebio Artilles (mi bisabuelo), José y Onesphero

6. Senior, Eugenio. Ob. cit., pp. 82-83.

7. *Ibidem*, p. 84.

8. Periódico *El Provenir*, No. 895, del 2 de marzo de 1889.



Calixto, quienes posteriormente se convirtieron en activos restauradores.

Por último se trasladaron al templo, donde el padre Regalado, cediendo a las presiones ejercidas sobre él, ofreció un tedéum.<sup>9</sup> Las protestas siguieron en el momento de bajar la insignia nacional, cuando Ildefonso Mella y Castillo, montado en un brioso corcel, gritó “*Viva la República Dominicana*”. Chiquito Brioso y Antonio el de Maimón secundaron ese noble gesto, pasando a la historia por su protesta a la traición consumada.<sup>10</sup>

El 10 de abril de 1861, se produjo el desembarco en el puerto de esta ciudad del Batallón La Corona, con mil doscientos militares, una lujosa oficialidad, para ser repartidos en distintas partes del Cibao. Dos compañías, la 1ª y la 2ª con 530 hombres y 4 piezas de artillería de montaña del referido batallón, permanecieron en esta plaza. Arribaron a bordo del vapor *Blasco de Garay*, comandadas por el coronel Salvador Arizón, militar gallardo, prestigioso y de formación académica.

Para tomar la ciudad las tropas españolas se dividieron en tres columnas: una por la calle de Las Hileras, hoy Separación; la segunda por la calle Cibao, hoy José del Carmen Ariza; y la tercera por la calle del Sol, hoy Duarte. Al frente de esta última columna venía el propio Arizón, quien al llegar a la cuesta que comienza al pie de la Sociedad Cultural Renovación, fue herido de muerte por el pintor Isaías Arredondo, disparándole desde el solar ubicado en el ángulo noroeste de dicha calle con la José del Carmen Ariza, entonces propiedad de la señora Amelia Ricourt de Limardo.<sup>11</sup>

9. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Noticias de Puerto Plata*, pp. 132-133.

10. Senior, Eugenio. Ob. cit., pp. 85-86.

11. Archambault, Pedro. *Historia de la Restauración*, p. 96.

Los españoles ocuparon la ciudad, enterraron al coronel Arizón en la Fortaleza y en su honor levantaron el reducto que lleva su nombre, que actualmente se conserva en muy buenas condiciones alrededor del faro de la ciudad de Puerto Plata, el cual era utilizado como bastión artillado para evitar desembarcos marítimos y a cuya mano izquierda fue colocado posteriormente el famoso cañón “Mapemba”, de grata recordación para los puertoplateños.

Los nuevos amos fueron recibidos con indiferencia por los criollos, tal como lo afirma López Morillo cuando refiere:

*“Por nuestros oficiales supimos que a la 1ª y 2ª compañías las habían acogido los puertoplateños con la mayor frialdad y marcado disgusto, a quienes despectivamente les fue endilgado el mote de «los blancos»”.*<sup>12</sup>

A los hispanos les faltó habilidad y sobró arrogancia en el tratamiento con sus gobernados. Contrario a lo pactado con Santana: disolvieron el ejército; desconocieron los rangos militares de muchos oficiales criollos; aumentaron los impuestos e impusieron planillas escritas para pagarlas, en un país donde poca gente sabía leer; nombraron jefe de la iglesia al repudiado Arzobispo Monzón, quien importó de su tierra la disputa entre católicos y masones, en un país donde muchos curas pertenecían a esa logia, prohibiendo a éstos tener mujeres, cosa normal aquí; trataron como esclavos a los nativos, después que se obligaron a observar con ellos la misma conducta que con sus nacionales; y otras cosas más.

Todo eso creó un disgusto generalizado en la comunidad contra los nuevos señores e hizo que los dominicanos se solidarizaran y

12. López Morillo, Adriano. *Historia de la dominación y última guerra de España en Santo Domingo*, Tomo 1, p. 256.



formaran un solo bloque en repudio a los españoles. Andrés Bedú fue considerado héroe, cuando dio muerte en el barrio Los Castillitos de esta ciudad a un soldado español, al cual enterró, hecho presenciado por varias personas quienes guardaron silencio. ¡Nadie lo delató!

El dominicano Juan Gómez, harapiento, alcohólico, prieto y sucio, se encontró frente a la antigua botica San José, hoy calle Beller esquina José del Carmen Ariza, con un oficial español de apellido Rendón, a quien después de ultrajarlo con palabras obscenas, lo obligó a recoger un sombrero propiedad del primero, que había arrojado exprofeso al suelo, a lo que accedió este relamido oficial, exclamando Gómez: “*Eto blanco*”.<sup>13</sup> Poco a poco se fue gestando un descontento general y un repudio total contra las nuevas autoridades.

Después del fracaso del levantamiento armado en febrero de 1863 de Sabaneta, la mayoría de los participantes en esa acción se fueron a Haití, con excepción de Luperón quien se refugió en La Piña de Cotuí, en la casa del coronel Custodio. Aparentemente la nación estaba en calma, pero por abajo quemaba la candela.

El 4 de abril de 1863, hubo una reunión conspirativa entre los dominicanos exilados en Haití y los residentes en el país, celebrada a la orilla del arroyo Dajao, en la Loma de David (actual Loma de Cabrera), del lado perteneciente a aquella nación, a la cual concurrió un general haitiano, representante del presidente Geffrard, posiblemente de apellido Belliard. Estaban además:

*“presentes Mella; el coronel José Salcedo –Pepillo– llevaba la representación de los pueblos de la costa; Eugenio Perdomo la de Santiago; Segundo Imbert, por Puerto Plata; Juan o Antonio Polanco asumía los poderes de varias comunas, o más*

13. Senior, Eugenio. Ob. cit., pp. 88-89.



*bien, él mismo se los adjudicaba; Norberto Torres por Guayubín y Montecristi. No pude anotar el nombre de todos los concurrentes, lo que es de sentir por la historia dominicana”.*<sup>14</sup>

Este Segundo Imbert era hijo del general José María Imbert, héroe de la batalla de Santiago y abuelo del general Antonio Imbert Barrera, héroe nacional, participante en el ajusticiamiento del sátrapa Trujillo. Soy de opinión que a esa reunión asistió el coronel Custodio u otro oficial enviado por Gregorio Luperón o éste mismo, pues su rápida llegada con sus seguidores a Santiago, tan pronto los restauradores atacaron esa ciudad, así hace pensar.

Después del glorioso Grito de Capotillo, dado el 16 de agosto de 1863, los conjurados se dirigieron a Santiago; vivaquearon antes de llegar a esta ciudad en Quinigua, en la finca del general Benedicto Almonte, tronco de la honorable familia de ese nombre.

El 28 de agosto siguiente se presentó a la ciudad de Puerto Plata una columna de unos 600 patriotas, dirigidos por Juan Nouesit o Laffite, conocida como Los Rancheros, debido a que desde Imbert hacia el oeste, hasta La Línea Noroeste, esa zona era llamada Los Ranchos, tropas que habían partido días antes desde la Sección de Marmolejos, vivaqueando por última vez en el poblado de Los Cañafístolos, antiguo Bajabonico, hoy Imbert.

Fácilmente se deduce que el general Segundo Imbert, después de su viaje a Haití, inició en la conspiración al también general Laffite, ya que en aquella época las comunicaciones eran difíciles y dicho ataque se produjo 12 días después de Capotillo.

El gobernador y general Juan Suero, quien tuvo conocimiento de la próxima llegada de Los Rancheros de Laffite, el 25 de ese

14. López Morillo, Adriano. Ob. cit., Tomo 1, p. 310.



mismo mes, lanzó una proclama hablando de su valor, de su lealtad a la Reina, lo que nadie dudaba, haciéndole recomendaciones a los ciudadanos sobre la conducta que debían observar en los acontecimientos que se avecinaban.<sup>15</sup>

El primer choque se efectuó en la Cuesta Amarilla, hoy barrio de la ciudad de Puerto Plata, retirándose los españoles hacia el este, preparando una fuerte resistencia en el Arroyo de Los Mameyes, conocido actualmente como el Puente de La Guinea, en la calle Separación; varios jóvenes de la ciudad iniciados en la conspiración se sumaron a la columna de patriotas, lo que indica complicidad previa con los atacantes.

Los españoles tomaron posiciones en la parte norte del indicado arroyo y de la altura de La Rigola, que se encuentra al este. A pesar de la posición ventajosa que éstos ocupaban, después de un duro combate fueron desalojados y en precipitada fuga se dirigieron unos hacia la Fortaleza por la actual calle José del Carmen Ariza, antigua Cibao, y otros hacia la Gobernación por la calle Separación, antigua Las Hileras, siendo perseguidos en ambas direcciones por los patriotas.

El notario Pedro Eugenio Curiel y Luna se encontraba en la casa propiedad del comerciante Cos Benedicto y en medio de la refriega salió a observar la ocurrencia. Víctima del estado de nervios en que se encontraba, cuando un ranchero le preguntó ¿Quién vive?, contestó: ¡Viva España! a pesar de ser simpatizante de la causa restauradora, por cuyo motivo uno de los atacantes le dio un machetazo que fue necesario amputarle el brazo izquierdo.<sup>16</sup>

15. Senior, Eugenio. Ob. cit. p. 19.

16. Senior Eugenio. Ob. cit., p. 21.



Los patriotas avanzaron hacia la Gobernación, ubicada frente al Parque Central, al lado norte del Ayuntamiento, la cual tomaron e iniciaron su saqueo, destruyéndolo todo: archivos, mesas, sillas, etc., cometiendo con ello una acción indigna de la causa restauradora.

Desde ahí partieron hacia El Cuartelillo, que había sido edificado recientemente por los invasores, ubicado donde se encuentra actualmente la Logia Restauración, en la misma calle Separación esquina El Malecón. Lo tomaron ocupando gran cantidad de armas y pertrechos, teniendo que mencionar la herida recibida por Rosendo Fermín y la muerte de Leocadio Lisón, valerosos oficiales del general Laffite, víctimas de sus impetuosidades; los españoles se retiraron en desbandada por la playa hacia la Fortaleza San Felipe.

Se cita entre los presentes en esos actos: a Pepe Bermúdez; Juan Pablo y Feliciano Tolentino; Andrés Bedú, el mismo que dio muerte al soldado español; su hermano José Bedú; José Escarramán; Fruto Fuentes, de nacionalidad peruana, capitán del ejército restaurador, esposo de la dominicana Virginia Favard; Juan Antonio Román; Federico Scheffemberg; Tomás de Peña; Cristeto y Telésforo Meyreles (alias *Foro*); Baldomero Regalado; Manuel Guzmán; Ramón Sánchez; Jacinto Escarramán; Nicolás Tolentino; Juan y Leocadio Lisón; y otros más.<sup>17</sup>

Al día siguiente los patriotas, dueños de la plaza, atacaron nuevamente a las tropas españolas, las cuales se retiraron hacia la Fortaleza, causándoles algunas bajas, entre ellas un sargento. Como reacción los intrusos iniciaron un cañoneo contra la Gobernación,

17. Senior, Eugenio. Ob. cit., p. 20.



una de cuyas balas derribó el asta de la bandera, la cual fue repuesta por los conocidos Federico Scheffemberg y Jacinto Escarramán, los mismos que escribieron a Luperón informándole la próxima llegada de las tropas intervencionistas.

Los dominicanos tenían una situación desesperada al carecer de pólvora, amén de la falta de disciplina de las tropas, motivando que Laffíte se presentara a la tienda de Ezequiel Montaña (esposo de Domitila de la Cruz, hija del padre Regalado, tronco de la familia Bordas de esta ciudad), en procura de aquel material, el cual estaba bajo la custodia de dicho padre, indicándole éste donde se encontraba.

Esa pólvora fue convertida en cartuchos en el patio de la casa de Enrique Saiz, ubicada en la calle Miao de Burro hoy San José. Conveniente es señalar la forma empírica como el señor Saiz confeccionaba las balas: en el patio de su casa preparaban un lodazal, tomaban un proyectil, lo introducían muchas veces, quedando la forma del mismo fijado en el suelo, este hueco era llenado con plomo hirviendo, el cual, después de endurecido, se adicionaba al cartucho lleno de pólvora, apto para ser disparado. Método ingenioso imitado por otros que dio muchos pertrechos a los restauradores.

Los puertoplateños fueron derrotados aquí y muchos, bajo el mando del general Gregorio de Lora, se trasladaron a Santiago, llenándose de gloria al participar en el ataque a la Fortaleza de esa ciudad. Más adelante, al resultar herido este glorioso general se pusieron bajo las órdenes del general Luperón.

De La Gándara fue nombrado sustituto del general Santana, como Comandante de la colonia, ante la situación de peligro que afrontaba la capital, frente a las huestes del sur dirigidas por Pedro Florentino. En sustitución del primero, el 9 de septiembre de 1863,

arribó a Puerto Plata, a bordo del vapor *Ulloa*, el flamante brigadier Rafael Primo de Rivera, oficial altamente calificado, de gran prestigio militar y familiar, que ocupó en su país de origen altas posiciones, abuelo de José Antonio Primo de Rivera, fundador de La Falange, disuelto partido político español de ideología fascista, lo que indica la seriedad con que era tenido el alzamiento dominicano.

Éste tomó las disposiciones de lugar, planificó todo lo relativo a las defensas exteriores de la Fortaleza, el alojamiento de los civiles partidarios y naturales de España refugiados allí, la fortificación de la iglesia, la construcción de dos muelles, etc.<sup>18</sup>

Los españoles procedieron a construir las obras de defensa exteriores de este último bastión, comenzando en la Poza del Castillo hasta la actual planta eléctrica, utilizando los edificios de la Casa de Sanders y la Capitanía del Puerto, a lo cual le adicionaron búnkers, trincheras, parapetos, etc. La correcta ubicación de esas obras evidencian la competencia de Primo de Rivera. Tuvieron tan buena suerte que en el lugar denominado como el Hoyo del Pie del Fuerte, conocido de todos los puertoplateños emergió una vena de agua que era utilizada para satisfacer las necesidades de las tropas.

Una de sus primeras actuaciones fue interrogar al padre Regalado, quien reconoció valientemente tener una bandera dominicana detrás del altar y haber facilitado la pólvora a Juan Laffite, ambas cosas habían sido denunciadas al jefe español por el santiaguero Francisco Julia y la Sra. Lucía Cruz de Tejera, dominicanos renegados al servicio de los ocupantes.

El padre Regalado regresó a su casa, pero luego fue reducido a prisión por el dominicano Teodoro Pereyra, subido violentamente

18. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Diarios de la Guerra Dominicano-española, 1863-1865*, p. 265.



a bordo del barco prisión *Pontón* el 10 de septiembre de 1863 y enviado a la cárcel del Morro, en La Habana, Cuba,<sup>19</sup> donde permaneció hasta la desocupación de los españoles en 1865.

Desde Puerto Plata, en auxilio del sitiado Santiago, salieron varias columnas para romper el cerco que se cernía sobre la Fortaleza de esa ciudad, entre las que cuentan dos salidas del general Juan Suero y el coronel Mariano Cappa. La primera, llevada a cabo el 1ro. de septiembre de 1863<sup>20</sup> y la segunda el 4 del mismo mes,<sup>21</sup> las cuales fueron emboscadas por las tropas del general Laffite obligando a la primera regresar después de duros combates.

Es digno de mencionar que en la Cuesta del Balazo el capitán Juan Bautista Latour, de Monte Cristi, perteneciente a las fuerzas de Juan Laffite, preparó una emboscada causando a los españoles alrededor de veinte bajas contadas por Benito Monción, según narra en sus memorias.<sup>22</sup>

Causa admiración la forma inefable como describe Ramón González Tablas esa derrota cuando asegura, con un argumento que sólo provoca risas, que:

*“Con gran sorpresa de todos, aquella columna, que debía volar en auxilio de la mal parada guarnición de Santiago, y que debía ser la salvación del país, retrocedió, y al oscurecer del día 2 volvía a entrar en Puerto Plata. ¿Qué había ocurrido para que a los enemigos se les diera el placer de ver marchar en retirada*

19. Castellanos, Rafael. *Apuntes para la historia de la Parroquia de Puerto Plata*, p. 17.

20. González Tablas, Ramón. Ob. cit., p. 141.

21. *Ibidem*, p. 142.

22. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Diarios...*, p. 20.

*a las tropas españolas? Había sucedido, ¡asómbrense nuestros lectores! que con una punible imprevisión de que hay pocos ejemplos, iba la tropa exhausta de municiones.”*<sup>23</sup>

La segunda columna de estos oficiales fue la única fuerza que logró su propósito, llegando a Santiago después de sortear varias emboscadas y cortes en el camino. Los atacantes de la Fortaleza al ver que arribaron refuerzos dieron fuego a la ciudad el 6 de septiembre, ordenado por Gaspar Polanco;<sup>24</sup> hubo otros dos intentos dirigidos, personalmente por el brigadier Primo de Rivera, los días 11 y 14 de septiembre de 1863. Estos fracasaron también estruendosamente por el mismo motivo: el valor de los patriotas, los cortes en el camino, las eficientes emboscadas de los dominicanos, el clima y la falta de acémilas.

El fuego de la ciudad de Santiago obligó a los invasores a comenzar la desastrosa retirada hacia Puerto Plata: trayecto en el que perdieron más de 1,000 hombres entre soldados y oficiales; Luperón, desde Santiago hasta Las Lavas, les ocasionó más de 400 bajas; capturando a los dominicanos Alejandro Angulo Guridi, Miguel Santelises y otros más.<sup>25</sup>

Al llegar a los límites de la actual Provincia de Puerto Plata, Los Rancheros, comandados por Latour, prepararon una fuerte emboscada en Altamira, ocasionándoles varias bajas; continuaron su marcha recibiendo nuevas emboscadas durante el camino; en los Llanos de Pérez, los españoles vivaquearon en la propiedad de Juan

23. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Diarios...*, p. 141.

24. *Ibidem.*, p. 72.

25. Archambault. Ob. cit., p. 120.



Suero, la cual estaba sembrada de caña, condición que los patriotas aprovecharon, pues al observar que la brisa venía del este, le dieron fuego de ese lado al cañaveral obligándolos a continuar su marcha, porque el humo los asfixiaba.<sup>26</sup>

Al arribar al Río Bajabonico, encontraron una nueva emboscada, que costó muchas bajas a ambas partes; continuaron su marcha y al pasar por la poza de La India, en el río Obispo, lanzaron al agua un cañón a fin de aligerar la marcha, tal como me lo expresó la anciana Calampiña habitante de la sección de Barrabás en presencia del agrimensor José E. Kunhardt.

El último combate importante tuvo lugar en la Cuesta de San Marcos, donde los restauradores habían tomado estratégicas posiciones a uno y otro lado del camino, construyendo trincheras y parapetos, que obligaron a los españoles a abrir un camino a través del bosque, entrando las tropas a Puerto Plata, derrotadas, extenuadas, humilladas, ridiculizadas, totalmente desechas, refugiándose en el fuerte San Felipe. ¡Ahí terminó la arrogancia española!.<sup>27</sup>

En todos esos frustrados intentos, las tropas españolas ayer tan altaneras, regresaban fatigadas por la marcha, muertas de hambre y sed. Como si todo eso resultara poco, fueron víctimas de la astucia de los dominicanos, quienes aplicaron puntualmente: “*Las Instrucciones para la Guerra de Guerrillas*” preparadas por el general Ramón Mella, que indicaban en su punto 7, cómo debían operar las guerrillas en esa situación.<sup>28</sup>

26. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Diarios...*, p. 21.

27. Archambault, P.Ob. cit., p. 130.

28. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Homenaje a Mella*, p. 256.



Liberado el Cibao, muchos militares dominicanos se establecieron en el frente de Puerto Plata, donde se fundaron los campamentos siguientes:

1. *La Javilla*, cuya comandancia estaba a mano derecha de la calle que conduce desde la avenida Colón hacia los edificios de la antigua Chocolatera, cerca de un ojo de agua que existe allí, el cual ha sido visto e inspeccionado por mí. Los bohíos para alojar el personal circundaban la comandancia y sus avanzadas estaban en el río Los Mameyes, donde quedaba la antigua Fábrica de Fósforos. La artillería fue instalada en un cerro al sur de dicha comandancia;

2. *Cafemba*, cuya comandancia se encontraba cerca del edificio donde funcionaba un hotel actualmente abandonado. Los bohíos para personal, cementerio, intendencia, Santa Bárbara o depósitos de armas y municiones etcétera, localizados a su alrededor; parte de su artillería en una roca ubicada frente a frente a la Fortaleza; y

3. *Maluis*, cuya comandancia estaba próxima a la casa que pertenece al Ing. Rafael Silverio Galán (a) *Kuky*, hoy Urbanización Bayardo. Todavía se conserva en buenas condiciones su pozo encachado de piedra, que estaba instalada en una edificación de madera cedida por el norteamericano Domingo Gracesqui; a su alrededor fueron construidos los bohíos, cocina, intendencias, etc. El arroyo La Timotea, con abundante agua, pasa al oeste muy cerca de dicha casa.

Se sabe que donde se encuentra la residencia del Dr. Gabriel Imbert Pimentel estaba el cementerio, conforme a datos facilitados por Julio Gracesqui, en su hogar de Monte Llano, bisnieto del primero, en presencia de José Ramón Marmolejos (a) *Chemón*. Sus avanzadas según Eugenio Senior, en Los Pérez,<sup>29</sup> donde

29. Senior, Eugenio. Ob. cit., p. 49.



actualmente se encuentra la parada de los autobuses Metro. Este campamento fue comandado por Francisco Reyes Marión.

Los campamentos de *Cafemba* y *Maluis* fueron tomados por las tropas españolas, las que después de incendiar los ranchos se retiraron, volviendo los dominicanos a ocuparlos.

En una ocasión Gregorio Luperón se encontraba confinado en el poblado de Sabaneta, al serle suspendido el castigo, gracias a la intervención de Ramón Mella, pidió permiso para visitar Puerto Plata y a su familia de Jamao, oportunidad que aprovechó para saludar a Gaspar Polanco, a la sazón comandante del campamento de *La Javilla*, quien preparó una parada en su honor; útil es cerrar los ojos e imaginar un desfile de aquella singular tropa: sin uniformes; algunos sin zapatos; otros con un fusil español o con una carabina de las denominadas haitianas y marchando sin cadencia.

Al terminar, Polanco le preguntó su opinión sobre el campamento; Luperón que guardaba silencio, le contestó: quite la artillería de donde la tiene y colóquela en ese cerro que está al sur, porque los españoles pueden tomarla fácilmente, pues de ello deben estar enterados. A los pocos días se produjo un ataque español que de haber estado colocada la pieza artillera como se encontraba, se hubiera perdido esa importante arma de guerra.

Los dominicanos se encontraban muy escasos de artillería, pero el general Segundo Imbert, el mismo que participó en la reunión de Haití, se enteró que en Montecristi, en unos cayos que están frente al Club Náutico de aquella ciudad, habían naufragado unos barcos piratas, reclutó a unos nadadores del barrio Los Castillitos de Puerto Plata, trasladándose allí. Estos nadadores contaban con pulmones muy poderosos que les permitían permanecer sumergidos bajo el agua durante largo tiempo; bajaban al fondo, amarraban los cañones



y los llevaban a la playa, trayéndolos en parihuelas a los campamentos militares de nuestra ciudad, donde fueron reparados por Enrique Saíz y colocados en los distintos campamentos.

En vista de la experiencia favorable y del beneficio que produjo el incendio de Santiago, Gaspar Polanco ordenó que se hiciera lo mismo en Puerto Plata, orden que se cumplió el 4 de octubre de 1863.<sup>30</sup> El incendio duró 3 días, comenzó en la casa de la Sra. Amelia Ricourt Vda. Limardo, situada en el ángulo norte de la esquina formada por la intersección de las calle José del Carmen Ariza y Duarte, quedando muy escasas edificaciones en pie; luego se produjo el consiguiente saqueo de la ciudad en el que participaron dominicanos y españoles.

Se recuerda el asalto al almacén del comerciante Alonso Rodríguez, alias *El Padrecito*, tío abuelo de los ilustres historiadores Alonso y Emilio Rodríguez Demorizi, ubicado donde actualmente está el Club de Comercio, ángulo suroeste de la intersección de las calles Beller y José del Carmen Ariza, cuyos depósitos estaban repletos de productos extranjeros, los cuales fueron degustados alegremente por los asaltantes.

El incendio de Puerto Plata fue un acto heroico que blasona, enaltece y da la medida del espíritu de sacrificio de la Novia del Atlántico. De sus llamas se libraron las edificaciones siguientes:

- 1) La Fortaleza, por su ubicación y separación de la ciudad;
- 2) Una pared en la casa de Fernando Villanueva, calle Antera Mota;
- 3) Una pared en la casa de las señoritas Tapounet, calle José del Carmen Ariza, que se dice perteneció a la cárcel vieja;

30. Castellanos, Rafael. Ob. cit., p. 17.



4) Una pared al lado norte del comienzo de la calle Kennedy, entre el Banco Agrícola y Embarques María;

5) La cisterna del Club de Comercio;

6) El pozo de agua de la casa de Gracesqui descrito más arriba;

7) Un tanque de agua llamado El Acueducto, ubicado al lado sur del callejón de la Catedral, que se alimentaba con la lluvia del techo del templo, el cual de forma irrespetuosa fue destruido parcialmente hace pocos días y cubierto de asbesto. Sus ruinas existen en la actualidad y han sido vistas e inspeccionadas por mi;

8) La casa de Metellus Menier, construida de madera, se salvó de las llamas por su proximidad a la Fortaleza;<sup>31</sup>

9) La casa de mampostería del comerciante alemán Mr. Match;<sup>32</sup>

10) La Casa de Sander y la Comandancia del Puerto, que formaban parte de las defensas exteriores del fuerte;<sup>33</sup> y

11) La Casa de las Palomas, que se encontraba al final de la calle Guayubín, hoy Ulises Francisco Espaillat, según sostiene la tradición oral de Puerto Plata.

Para hacerse una idea de la magnitud de ese acontecimiento, basta señalar que la ciudad constaba de unas seis mil almas,<sup>34</sup> que divididas a razón de cinco personas por unidad familiar, hace un total de mil doscientas casas, las cuales quedaron totalmente

31. López, José Ramón. Ob. cit., p. 104.

32. *Ibidem*, p. 104.

33. González Tablas, Ramón. Ob. cit., p. 175.

34. *Ibidem*, p. 174.

destruidas, con excepción de las señaladas en la lista arriba señalada. ¡Se necesita la pluma de Dante, para describir certeramente tanta tragedia!

Los habitantes de la ciudad simpatizantes de la causa dominicana se refugiaron en los campos aledaños y los traidores, que eran muy pocos, se albergaron en la Fortaleza.

El panorama que se presentaba en la ciudad era el siguiente: los españoles ocupaban la Fortaleza y la Iglesia artillada; los dominicanos los campamentos *La Javilla*, *Cafemba* y *Maluis*. Entre ambas posiciones quedaba el cuerpo incinerado de la ciudad; la actividad se reducía a “*la descubierta*”, lo que significaba en el argot militar que las tropas salían de la Fortaleza y patrullaban el lugar donde existió la villa; al caer la tarde se retiraban a ese bastión militar y los dominicanos ocupaban de nuevo las posiciones abandonadas.

A partir de dicho fuego, los invasores se vieron obligados a abastecerse por mar, para tal fin construyeron dos pequeños muelles, uno en dirección norte-sur y otro este-oeste,<sup>35</sup> ambos contiguos a la edificación conocida como el Cubo, cumplían su propósito utilizando los barcos *Hernán Cortés*, *Isabel Segunda*, *África*, *El Pájaro del Océano* y otros, pues el terreno ocupado por ellos era rocoso. Esos desembarcos de alimentos y pertrechos tenían que efectuarlos bajo el fuego de la artillería dominicana ya que los cañones aportados por el general Imbert estaban instalados estratégicamente.

Los dominicanos movieron las avanzadas del campamento *Maluis* hasta una nueva línea de fuego, que comenzaba en la playa,

35. López Morillo, Adriano. Ob. cit., Tomo III, Apéndice 4, mapa 3.

pasando por el Parque Luperón a través de la calle Eugenio Deschamps, llegando hasta la altura de *Las Ánimas*, donde se encuentra actualmente el Mercado, que fue bautizada por los ocupantes como “*El Teatro*”, debido a su similitud con los escenarios. Esta trinchera se unía a la de *La Javilla* y desde allí a *Cafemba* (hoy Costámbar), las tres apretaban el torniquete que estrangulaba el cuello de las defensas de los españoles.

Las tropas dominicanas eran dirigidas por Gaspar Polanco y las españolas por Primo de Rivera; diariamente ocurrían encuentros en el que entraban en juego la infantería y la artillería; pero deseosos los españoles de romper las trincheras dominicanas, prepararon con mucho sigilo, el 31 de agosto de 1864, un ataque que desalojó a los criollos de los campamentos de *Maluis* y de *Cafemba*, cuyas fortificaciones, trincheras, casas, comandancia, etc. fueron totalmente destruidas.

En tal ocasión el combate más fuerte se libró próximo a la Playa Oeste, en el espacio comprendido entre las desembocaduras del arroyo de Los Domínguez y la del río San Marcos, donde hubo cuantiosas pérdidas de vida en ambos bandos.<sup>36</sup>

Las tropas que atacaron *Cafemba* fueron el Batallón de España y Prácticos de la Reservas con dos piezas de artillería dirigidas por el general dominicano al servicio de España, José Hungría. Las trincheras de la Plaza Central fueron atacadas por dos columnas, una del Regimiento de la Corona bajo el mando del coronel Jiménez Bueno y la otra del Batallón de Cazadores de la Unión y Quinto de Infantería de Marina al mando del coronel Demetrio Quiroz, con dos piezas de artillería cada columna.

Una cuarta columna, compuesta del Batallón de Cazadores Isabel Segunda y dos Compañías de Valladolid, con dos piezas de artillería al

36. González Tablas, Ramón. Ob. cit., p. 281.

mando del coronel Argenti atacaron la posición del Teatro y camino de Palo Quemao llegando al campamento de *Maluis*.<sup>37</sup>

Cuando los atacantes tomaron *Cafemba*, el general dominicano, Benito Martínez, quien recientemente había desertado del bando español y comandaba unas piezas de artillería colocadas en la punta oeste de la bahía, fue muerto al negarse, heroicamente, a abandonar su pieza artillera,<sup>38</sup> por lo cual se le reconoce como el Ricaurte dominicano. Este ataque fue dirigido por Deogracias Hevia.

Ramón González Tablas, rindió este homenaje a los defensores de la ciudad al expresar:

*“Los insurrectos de Puerto Plata habían adquirido la fama de valientes y después de los extractos del diario de operaciones que acabamos de hacer, el lector no podrá menos de convenir en que realmente eran más osados y aguerridos que los del resto de la isla”*.<sup>39</sup>

Los españoles no podían mantener las posiciones conquistadas por lo que se retiraron nuevamente a la Fortaleza y los dominicanos volvieron a ocupar las trincheras perdidas.

Para los dominicanos sostener ese estado de guerra permanente, era necesario un constante reabastecimiento del material de guerra: piezas, tiros, cañones, pólvora, etc., lo que se obtenía gracias a Ramón Mella, que confiscó la producción de tabaco de todo el Cibao, exportándola por el puerto de Luperón, (antes Caballo o Gracia) e introduciendo contrabando de armas por dicho puerto y

37. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Diarios...*, pp. 313 y 314.

38. González Tablas, Ramón. Ob. cit., p. 282.

39. *Ibidem*, p. 279.



por la Isla de Cabras o el Cayo (Parcela No. 60, Distrito Catastral 16 de Puerto Plata), actualmente propiedad de los sucesores de Plácido Brugal y de Amiro Pérez.

Esta acción la ejecutaban los valientes capitanes Emilio Pastoriza, Eduardo Chevalier y José V. Demorizi,<sup>40</sup> y agrego, a Ozeola Kinsley también, quienes fueron finalmente apresados, después de agotar el parque de que disponían, siendo conducidos por el almirante Rubalcaba hasta Santo Domingo, en cuya ocasión éste incendió al pueblo de Blanco hoy Luperón, que se encontraba edificado en la loma de La Ballista. Importa destacar que esta provincia fue la única que sufrió la destrucción total de dos pueblos.

Los españoles atacaban con frecuencia las posiciones dominicanas. Eugenio Senior, quien fue secretario de los campamentos de *Maluis* y *La Javilla*, describió la toma de posesión del primero de ellos al revelar:

*“Mi primer cuidado fue el de proporcionarme un lugar donde guardar todos los papeles y los medios para salvarlos de cualquier daño o pérdida. No había armarios, ni archivos, ni siquiera algún baúl viejo en donde colocar toda la correspondencia, (...) al oír la voz de alguno que nos dijera: ¡vienen los blancos! (...) y entonces a brincar, a huir con una correspondencia que de caer en manos del enemigo, descubriría muchos secretos y comprometería a muchas personas. Y fue entonces cuando se me ocurrió la idea de mandar a construir un archivo. Y éste sería de yaguas, en forma de petaca, cosa que pudieran ajustarse bien una dentro de otra”.*<sup>41</sup>

40. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Noticias de Puerto Plata*, p. 123.

41. Senior, Eugenio. Ob. cit., p. 50.

Estas expresiones dan una idea de los escasos medios con que contaban nuestros restauradores. Tal estado de cosas permaneció hasta que en España, el 16 de septiembre de 1864, un grupo de oficiales encabezados por el general Ramón María Narváez dio un golpe de Estado que produjo la caída del general Leopoldo O'Donnell, siendo uno de los principales motivos alegados por los insurrectos para justificar su acción: el fracaso de la campaña de Santo Domingo.<sup>42</sup>

La primera disposición del nuevo gobierno fue que las tropas españolas se concentraran en Puerto Plata, Monte Cristi, Samaná y Santo Domingo y que la actividad militar se redujera a repeler cualquier ataque enemigo.

Un hecho bochornoso, indigno de las armas dominicanas, fue el fusilamiento del general José Antonio Salcedo (*Pepillo*), primer Presidente del Gobierno Restaurador, quien sin duda había cometido algunos errores, que ameritaban su destitución pero no su asesinato, ya que fue muerto sin juicio y llevado engañado al cantón de *La Javilla* con la promesa de que sería expulsado del país.

Al recibir la visita de su esposa, tratado humanamente en presencia de ésta, ocurrió todo lo contrario en su ausencia; requerido por el capitán Agustín Masagó, cumpliendo instrucciones del presidente Polanco, trasmitidas a través del coronel venezolano Candelario Oquendo, quien le dijo sería conducido al puerto de Luperón, pero al llegar al cementerio de Maimón, se le ordenó detenerse, comunicándosele la orden de su fusilamiento, a lo que exclamó: “*!Este es el Blanco a que me destinaban! ¡Ah Gaspar, Gaspar... sólo así!*”. Procuró un palito en el monte, se midió y le

42. Cordero Michel, Emilio. “Características de la Guerra Restauradora 1863-1865”. *Clío*, Año 70, No. 164, p. 67.



dijo a uno de sus custodios, díganle a Gaspar que con esta vara lo van a medir a él; el valor que siempre le acompañó en la vida no lo abandonó en el supremo instante, ahí se cumplió la ignominia mayor, siendo enterrado en ese mismo lugar.<sup>43</sup>

Sus restos fueron trasladados a la Fortaleza San Felipe de Puerto Plata en 1874, donde se colocaron en un monumento que levantaron Gregorio Luperón y Manuel Cocco; en 1928, fue llevado a la Iglesia Mayor de Santiago y de allí al Panteón Inmortales de la Patria donde actualmente reposan. En el momento de ser trasladados de Puerto Plata a Santiago, el gobernador de aquella ciudad, general Ricardo Limardo, en su discurso exclamó:

*“¡Soldados! ¡Paso al Restaurador general Salcedo! ¡Paso al Presidente Salcedo! ¡Presenten armas!”*.<sup>44</sup>

Eugenio Senior en su obra citada mencionó los nombres de las personas que según él participaron en la gesta gloriosa de la Restauración: José Bermúdez (*Pepe*); Juan Pablo Tolentino; Feliciano y Andrés Bedú; Fruto Fuentes; Juan Antonio Román; Tomás de Peña; Ramón Basilio; José Bedú; Manuel Guzmán; Nicolás Tolentino (a) *Colás*; Juan y Leocadio Lizón; Ramón Sánchez; coronel Manuel Concepción; Cristeto (a) *Chacho* y Telesforo (a) *Foro* Meyreles; Zacarías de Luna; Francisco Reyes; general Carlos Medrano; coronel Pío Landeta (venezolano); José Lebrón; Lorenzo Martínez; Juan Bonilla; y el general Ramón Martínez.<sup>45</sup>

Reservó un capítulo especial el cual designó “*nómina de los inmortales*”: Juan Lorenzo; Agapito el de Nana; Vicente Moreta; Agustín Masagó; Manuel Rodríguez (a) *El Chivo*; Antonio Gómez

43. Archambault Pedro. Ob. cit., p. 258.

44. *Ibidem*, p. 261.

45. Senior, Eugenio. Ob. cit., p. 20 y siguientes.

(a) *Tónico*: Nazario Pérez; Mr. Henequen (Teodoro Stanley); Santiago Mora; Telésforo Pelegrín; Secundino Mañón; Benito Martínez; y Evaristo Martínez.

También elaboró la lista de los dominicanos que estaban al servicio de España, en la que aparecen personajes de cierta significación, ligados a familias puertoplateñas, tales como:

*“Manuel Carnicero; Rufino Acosta y Remigio Guerra (puertorriqueños); Luis Reyes Marión, empleado de la Anexión; Benito Martínez; Juan Garrido; José Dolores Jiménez; José F. Jiménez; Carlos Bastía José Rosario; Octavio Dubocq; Jesús Vásquez; Pedro Román; Eduardo Dubocq; Federico Ma. Leiva; Francisco Cid; Dionisio Cid; José Peña; José Castellanos; Juan de León; Santiago Pou Espín, (fusilado); Ciprián Carrasco, era espía, (fusilado también); Julián de Lora (Pepe); Tónico Blanco; José Ma. Arzeno; Felipe Arzeno; José Arzeno; Federico L. Villanueva; Toribio L. Villanueva; Elías Mena; Celestino López; Hipólito Pierret, este se encontraba en el lugar de Manzanillo (Cuba); Ángel Ma. Reynoso; Juan Evertz; Joan Poloney (Pití); John Vos, Manuel Mampura; Ramón Veloz; Rumaldo Salazar; Francisco Julia; José (Pepe) Tejera; Manuel Martínez con esposa e hijos; Guillermo Tejera; Francisco Antonio Tejera; Manuel Martínez, e hija; Carlos Martínez; Federico Pereyra (Tres Orejas); Hipólito Flores y Domingo Flores; Asunción, Altagracia y Úrsula Castellanos; y la muy famosa Lucía Tejera; María Encarnación; Josefina Rosalía y Donata Lantigua; Josefa López; Pepita Kuna; Francisca Villamán y su hija; Bartola Brefet y Ramona Brisco; lo mismo que el nombrado Tata Frometa”.*<sup>46</sup>

46. *Ibidem.*



Cumplidas las disposiciones del nuevo gobierno español se produjo un período de calma, los tres campamentos eran un hervidero de comentarios, bolas, etc., sobre todo, después de la llegada de la goleta *África*, el 27 de febrero de 1865, conduciendo al coronel Francisco Van Halen y a Manuel de Jesús Galván, Secretario del Gobierno Superior Político de la Monarquía Española, dominicano, traidor a su patria al servicio de esa nación, comisionados por dicho gobierno para iniciar las negociaciones entre los dos bandos en interés de concertar la partida de los expedicionarios españoles.<sup>47</sup>

La contrapartida dominicana en estas negociaciones estaba integrada por: Teodoro Stanley Heneken, Secretario de Relaciones Exteriores; Melitón Valverde; y los generales Laffite y Reynoso. Iniciadas las negociaciones, algunos de éstos fueron sustituidos por otros negociadores hasta que se logró un acuerdo final.

El embarque de las tropas españolas comenzó llevándose parte de la artillería, municiones y el personal enfermo; el coronel Manuel Frómata y el general Valverde ambos de la reserva, se trasladaron a la capital. Luego procedieron a tirar al mar la pólvora, tiros de fusiles y otros pertrechos que no se pudieron llevar, reservando 6 quintales de pólvora para la voladura de la Fortaleza-iglesia.

Los primeros prisioneros canjeados fueron el capitán Mariano Galán y el médico Francisco Ferrari, por el padre Regalado e Ildefonso Mella, hermano del general Ramón Mella, al inicio del mes de abril, continuándose con los demás oficiales y personal.

Previamente, el 31 de marzo de 1865, llegó procedente de Puerto Rico, el vapor *S. M. Colón*,<sup>48</sup> con 107 prisioneros que se

47. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Noticias de Puerto Plata*, p. 516.

48. *Ibidem*, p. 521.



encontraban en la isla de Viqueles, iniciándose el día 8 de abril el canje oficial de los dominicanos apresados por el ejército español.

Conforme acuerdo, las tropas dominicanas que cercaban la iglesia se retiraron para dar la oportunidad a que la volaran, los sitiados marcharon hacia la Fortaleza y de allí procedieron a embarcarse, el 21 de junio de este año,<sup>49</sup> recobrando el pueblo dominicano su soberanía, dando nacimiento a la Segunda República, producto del esfuerzo de sus bizarros soldados.

Los españoles que decidieron quedarse en nuestro suelo fueron entregados al comerciante español Leopoldo de la Barrera, ascendiente del general Antonio Imbert Barrera.

La Guerra de la Restauración, en términos generales, desde el punto de vista militar, es el mayor éxito alcanzado por las armas dominicanas, dada la calidad y la competencia de los oficiales con quienes tuvieron que batirse nuestros soldados. En ella sobresalió de manera principal el puertoplateño Gregorio Luperón, quien emergió como el líder indiscutido de esa acción y ha sido considerado el padre de la Segunda República.

Lo único que se improvisa es la poesía. Luperón, quien movió la admiración de los oficiales españoles y dominicanos por la limpieza de sus movimientos militares y la fiereza de sus ataques, obtuvo su competencia como tal mientras vivió en Jamao como empleado en la casa de don Pedro Dubocq, donde aprendió la guerra de posiciones enseñadas por éste, ex oficial del ejército francés, poseedor de una abundante biblioteca militar y la de guerrillas, por Ramón Mella, quien compraba madera en el mismo lugar, donde lo conoció, trató y fue su maestro.

49. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Noticias de Puerto Plata*, p. 533.



Distinto a los españoles, nuestro ejército carecía de un diario de operaciones, lo que ha impedido que la posteridad conozca los nombres de muchos de los valientes oficiales y soldados, que escribieron páginas gloriosas y realizaron demostraciones de valor en la acción restauradora, lo cual resulta muy lamentable.

La derrota de los mejores y más competentes oficiales españoles tuvo sus reflejos antillanos, ya que inspiró la acción del Grito de Yara en Cuba, dado por Carlos Manuel de Céspedes; el Grito de Lares en Puerto Rico, propulsado por Ramón Emeterio Betances y Manuel Rojas y en España tuvo las suyas, al provocar la caída del gabinete del general Leopoldo O'Donnell, además de la pérdida de ambas islas. “*Sufrieron más de 10 mil bajas y perdieron unos 33 millones de pesos*”,<sup>50</sup> así como el desprestigio total de ese país.

La República Dominicana movió la admiración del continente al restablecer la soberanía gracias a la gloriosa acción restauradora, después de haber vencido a las huestes españolas, aprovechando la ocasión para vaticinar que se mantendría libre y soberana por siempre.

No debo terminar este trabajo, sin expresar las gracias a mi hija Maria Amelia Finke, quien lo mecanografió, imprimió y me animó para llevarlo a cabo.

50. Moya Pons, Frank. *El pasado dominicano*, p. 20.



## BIBLIOGRAFÍA

Archambault, Pedro. *Historia de la Restauración*. París, Francia, La Librerie Technique et Economique, 1938.

Castellanos, Rafael. *Apuntes para la Historia de la Parroquia de Puerto Plata*. Santo Domingo, Tip. de Dios y Patria, 1931.

Cordero Michel, Emilio. “Características de la Guerra Restauradora 1863-1865”. *Clío*, Año 70, No. 164. Santo Domingo, junio-diciembre de 2002 (Academia Dominicana de Historia).

González, F. *Leyendas y tradiciones portoplatañas*. Ciudad Trujillo, Impresora Arte y Cine, 1955.

González Tablas, Ramón. *Historia de la dominación y última guerra de España en Santo Domingo*, Santo Domingo, Editora de Santo Domingo, 1974 (Sociedad Dominicana de Bibliófilos).

López, José Ramón. “De la Restauración”. *Escritos sobre la Restauración*. Santo Domingo, Editora Centenario, 2002 (Comisión Permanente de Efemérides Patrias).

López Morillo, Adriano. *Memorias sobre la segunda reincorporación de Santo Domingo a España*, Tomos I y III, Santo Domingo, 1983. (Sociedad Dominicana de Bibliófilos).

Luperón, Gregorio. *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, Tomo 1, Santiago, República Dominicana, Editorial El Diario, 1939.

Moya Pons, Frank. *El pasado dominicano* Santo Domingo, Fundación J. A. Caro Álvarez, 1986.



Periódico *El Porvenir*. No. 895, Puerto Plata, 2 de marzo de 1889.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Diarios de la Guerra Dominico-española, 1863-1865*, Santo Domingo, Editora del Caribe C. Por A., 1963. (Secretaría de Estado de las Fuerzas Armadas).

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Homenaje a Mella*, Santo Domingo, Editora del Caribe C. Por A., 1964. (Academia Dominicana de la Historia).

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Noticias de Puerto Plata*, Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1975.

Senior, Eugenio. *La Restauración en Puerto Plata, Relato de un restaurador*, Tomo I, Santo Domingo, Editora Montalvo, 1963.

